

Gonzalo Drago (1)

Míster Jara



MIISTER JARA había nacido en Machalí. La mina lo había arrastrado inevitablemente hacia su vientre, como un potente electroimán atrae a la brizna de acero, cuando apenas era muchacho inexperto y canijo, recién egresado de la escuela rural. Fué peón, capataz alistador, alarife, escribiente y, por último, ayudante de ingeniero. Para llegar hasta este cargo se había valido de dos recursos que le dieron espléndidos resultados: su conocimiento del idioma inglés y el uso cotidiano de su flexible espina dorsal, cuando se veía en presencia de un jefe rubio, auténticamente yanqui, made in U. S. A.

Desde sus comienzos buscó con insistencia la compañía de los norteamericanos. Lo guiaban dos propósitos: su admiración hacia la raza del norte y su interés servil en practicar inglés con ellos. Los yanquis, aun los de más humilde condición, evitaban la compañía de aquel «nativo» moreno que persistía en su intento con una tenacidad admirable. Ni los desprecios ni las bur-

(1) Nació en San Fernando en 1906 y ha publicado «Cobre» (cuentos), y «Surcos» (cuentos) además de un libro de poemas, Prepara «El purgatorio» (cuentos). Sabe despertar el interés del lector; es directo en su dramatismo y en sus sarcasmos.

las de sus compañeros lograban desanimarlo. Mister Jara parecía ignorar la repugnancia que inspiraba a los yanquis y se acercaba a ellos, sumiso como un perro castigado, mascullando un «slang» aprendido pacientemente en el silencio de su cuarto.

Cuando logró ocupar un puesto de relativa responsabilidad, empezó a vengarse de sus compañeros con una saña despiadada, con una crueldad netamente indígena. A todo aquél que había tenido una frase hiriente o una sonrisa burlona para sus pretensiones o simplemente por espontánea antipatía, le hacía recordar inexorablemente que él ocupaba un peldaño más alto en el gallinero colectivo. Para captarse la simpatía de sus superiores adulaba a los jefes, trabajaba como un buey cuando era observado y no escatimaba las palabras mordaces contra sus compañeros de labores. Con astucia y sagacidad criollas llegó a captarse la confianza de los jefes americanos que vieron en Mr. Jara un instrumento de fácil manejo que podría serles útil como espía, logrando en esta forma conocer los pensamientos del personal, sus aspiraciones y su modo de pensar frente al movimiento sindical que tomaba fuerza. En el fondo lo despreciaban, pero aceptaban sus servicios.

Mr. Jara fumaba tranquilamente. Con el gesto severo de un hombre importante, arrojaba gruesas bozanadas de humo aromático que se diluía lentamente en el aire puro y transparente de la mañana. El frío no lograba penetrar a través de su gruesa zamarra negra y permanecía más allá de sus altas botas mineras. Orgullosa, satisfecho de sí mismo, observaba con indiferencia a un grupo de obreros que cambiaban un trozo de línea férrea. Los veía sudorosos, sucios y huraños, mientras los combos y las barretas se levantaban y caían con rabia sorda, haciendo saltar las piedrecillas de la vía. De improviso, un obrero bajo y robusto permaneció inmóvil un momento, escrutando con desconfianza la severa figura de Mr. Jara. Y después de su ligera vacilación arrojó la herramienta con alegría y se dirigió hacia

el ayudante de ingeniero, alargándole su robusta mano fraternal.

—¿Cómo te va, negro?

Mr. Jara, tomado de sorpresa, se desconcertó. En los alrededores estaban Mr. Taylor y Mr. Mickmans, que podrían captar aquella bochornosa escena. ¿Qué pensarían de él si lo vieran estrechando la mano de aquel hombre? Su amigo no era más que un humilde obrero de la vía, desastrado y sucio, y su obligación era rechazarlo. Tembloroso por la cólera tomó una resolución violenta.

—I don't know you, man—contestó secamente.

El obrero lo quedó mirando sorprendido. Luego se echó a reír apretándose la barriga. Mister Jara tenía realmente un aspecto cómico con su seriedad simiesca y sus ojillos amenazadores bailándole detrás de los lentes.

—¿En qué te las machucái ahora, gallo? Estái desconocido con esa ropa, esa pipa y esos anteojos. Ja, ja, ja.

Mr. Jara montó en cólera. Aquello era demasiado. Sintió deseos de abofetear a su antiguo camarada, pero aquel hombre tenía unos biceps abultados y unas recias espaldas proletarias. No. Lo mejor era cortar la escena. Giró sus talones y volvió la espalda a su amigo que permaneció extrañado, mirándole alejarse, sumido en conjeturas. Por último levantó los hombros con desprecio, y masculló terribles amenazas.

—¡Negro e mierda! Cuando te pille solo te voy a rajarla guata. ¡Por mi madre!

Y cogiendo su barreta continuó la labor interrumpida.

* * *

Mr. Jara no era feliz. Lo mortificaba su aspecto físico. Le habría gustado ser rubio y blanco, de ojos profundamente azules, pero la naturaleza (ah, maldita naturaleza), lo había dotado de signos externos marcadamente indígenas. Moreno, de ojos separados, nariz roma y labios gruesos, era la antítesis del tipo

racial que admiraba; pero lo que más lo exasperaba era la tenaz rebeldía de su pelo que le cubría el cráneo como un grotesco erizo negro. La peineta y la escobilla nada podían contra esas cerdas duras y resistentes de pura cepa criolla.

Su mimetismo absurdo lo llevaba a adoptar los usos y costumbres de un grupo étnico que se diferenciaba profundamente del suyo. Llegó a despreciar las bebidas nacionales porque había observado que los yanquis sólo bebían whiskey. Al penetrar a un bar, sentía una íntima satisfacción al ordenar al mesonero:

—Barman, déme un whiskey.

Al principio aquel líquido fuerte le repugnaba y le quemaba la garganta. Además se embriagaba pronto y entonces aparecía inevitablemente el indio que llevaba escondido debajo del chaleco. Llegó a temerle a sus propias borracheras; pero persistió en beber sólo whiskey y brandy de las mejores marcas. «White horse» repetía con delectación, como un buen catador de licores exóticos. Algunas veces se cansaba de aquella farsa en público y subrepticamente, en la complicidad de su cuarto, bebía el rojo vino criollo con verdadera furia, hasta perder el conocimiento.

Cada ascenso que lograba lo distanciaba más de su vida pretérita y de sus antiguos amigos. Entre los yanquis no logró simpatías ni mucho menos pudo conseguir un amigo. Lo miraban con compasión mezclada de desprecio. Para ellos Mr. Jara era un «self made man» con destellos de inteligencia, pero absurdamente presumido, y además... era un indio. ¿Cómo compartir con él? Oh, no. Su presencia humilde y rastrera los molestaba. Algunos, al tenerla a su alcance, reprimían un violento deseo de propinarle un puntapié en la parte baja de la espalda.

Cuando Mr. Jara se encontraba con algún empleado u obrero, miraba con obstinación la punta de sus botines o se sentía súbitamente acometido de un poético deseo de admirar el cielo, y si le era imposible eludir el saludo, lo contestaba con un imperceptible movimiento de cabeza, mascullando entre dientes

un débil «morning», como lo había escuchado en los labios groseros de los yanquis.

El nativo, por lo general, no ama al extranjero, pero es duro y cruel con el criollo que se disfraza de gringo. Llegó a odiarlo. Mr. Jara cosechó los frutos de su siembra absurda. Llegó a sentirse solo, aislado. Todos huían de él como de un leproso. Desesperado, buscaba con más frecuencia el contacto de los yanquis, pero éstos parecían no darse cuenta de su presencia. Para no aburrirse, para evadirse del tedio que empezaba a invadirlo como una marea poderosa, Mr. Jara decidió atraer a algunos amigos con el señuelo de un trago gratis. Pronto se vió rodeado de un pequeño grupo de gente inescrupulosa que lo adulaba con estudiada cortesía.

—My friends—mascullaba estando ya borracho. —No me abandonen nunca, nunca.

Y estallaba en largos sollozos hipantes que le congestionaban su cara morena hasta tornársela violácea. Esto ocurría todas las noches en el bar «Sewell», donde se reunían mineros y noctámbulos a charlar de sus vidas duras e ignoradas, mientras bebían el vino barato y adulterado. Algunas mañanas Mr. Jara se extrañaba de amanecer con los bolsillos vacíos. Todo su dinero desaparecía en el bar. Tuvo la certeza de que abusaban de sus borracheras y se prometió a sí mismo no concurrir más a las veladas.

—Además—concluyó—no está bien que me roce con esa clase de gente. Son unos rotos abominables.

Cumplió su promesa durante dos noches. A la tercera, sediento, torturado por su soledad se echó algunos billetes al bolsillo de su pantalón y se encaminó como un sonámbulo al bar «Sewell», donde lo recibieron alegres aullidos de bienvenida.

—¡Welcome, Mister Jara!—maulló un minero con aspecto de gato en celo.

Y aquel saludo exótico lo hizo inflarse de alegría. Sentíase un hombre superior entre aquella gente sórdida y soez que se

balanceaba sobre sus piernas alcohólicas. Los parroquianos, ávidos de licor, lo explotaban sin escrúpulos. Para halagarlo le hablaban en un inglés absurdo, desastróso, aprendido en los talleres o en libros primarios. Mr. Jara se sentía feliz. Un orgullo líquido le circulaba por la sangre, le anulaba la voluntad y le encendía las pupilas. Y entonces, con un gesto de gran señor, vaciaba sobre el mesón su bolsillo ahito de billetes.

* * *

Con las frecuentes libaciones Mr. Jara terminó por enfermarse. El whiskey ingerido iba debilitando su organismo paulatinamente y una mañana no pudo abandonar su lecho. La fiebre lo consumía. El doctor, llamado por un vecino, pudo constatar que su mal no tenía remedio.

Mr. Jara se sintió dolorosamente abandonado. Nadie acudía a visitarlo. El doctor salía y entraba a la pieza, presagiando un pronto desenlace. Como era caso perdido, autorizó a la enfermera que lo velaba para que accediera a sus insistentes pedidos de licor. En vez de medicinas, el enfermo ingería cucharadas de legítimo whiskey escocés, suministradas por la blanca mano de Miss Joan, única enfermera que soportaba a su lado por ser de nacionalidad inglesa.

—No quiero indias a mi lado—había declarado enfáticamente, obedeciendo a los turbios pensamientos de su cerebro degenerado.

Una mañana Miss Joan le anunció la visita de un amigo, con su fría sonrisa cotidiana.

—¿Quién será? ¿Será Mr. Taylor o Mr. Monroe?—se preguntó Mr. Jara, anhelando la visita de algún auténtico jefe norteamericano.

Después de pensar un momento pidió a la enfermera que introdujera al visitante. En el ancho marco de la puerta apareció

la robusta silueta de Froilán Rojas, aquél que lo había avergonzado delante de sus jefes con su excesiva confianza.

—¿Cómo te va, negro? Supe que estabas enfermo—murmuró el recién llegado, con visible emoción, alargándole su ruda mano fraternal.

Mr. Jara pareció no comprender y guardó silencio. El pulso le latía débilmente y un sudor frío le inundó la frente morena. Comprendió que se moría. La enfermera, alarmada, telefoneó al doctor.

—¿Cómo te sientes, negro?—repitió Rojas emocionado, inclinando su auténtica y robusta estampa proletaria sobre el lecho del enfermo.

—Y don't know you. (No lo conozco a usted)—mintió débilmente Mr. Jara, defraudado en sus expectativas. Y cerrando los ojos puso punto final a la larga comedia de su vida.